

no que allí mandaba, muy de otro modo que para desgracia suya pensó después. Las nuevas de haberse restablecido la tranquilidad en Madrid detuvieron el movimiento hasta el 30 de mayo, en que, al modo de lo que sucedió en la Coruña, incomodado el pueblo de que no se hubiera enarbolado el día de San Fernando la bandera española, muy preparado ya á la revolución, una atrevida muger de las que mezcladas con la plebe recorrian en tumulto la muralla cogió una mecha y aplicándola á un cañon le disparó. No fué menester más para que la gente se diera á correr las calles atronando con los gritos de: «*Viva Fernando VII. y mueran los franceses!*» El conde de la Torre del Fresno, que habia sucedido en la capitania general al marqués del Socorro, corrió en Badajoz la misma desdichada suerte y tuvo igual azaroso fin que Solano en Cádiz: ligeramente calificado de traidor, asaltada su casa, fugado de ella, seguido y descubierto, murió como Solano á manos de la furiosa plebe, y su cadáver fué como el de aquél arrastrado. Era cada conmocion un torrente desbordado: intentar contenerle con la prudencia era evidente temeridad, porque se traducia por imperdonable traicion. El pueblo nombró capitan general al brigadier de artillería don José Galluzo; formóse la junta superior de Extremadura, figurando entre sus mas señalados miembros don José María Calatrava, después distinguido diputado y ministro de la corona; instaláronse otras juntas subal-

ternas en diversas poblaciones; se activó el alistamiento, acudiendo los mozos con tal gusto que en breve se formó un ejército extremeño de veinte mil hombres; se dieron ascensos á los militares, y se cuidó de fortificar lo mejor posible la plaza, procurando ocultar su flaqueza y la escasez de su guarnicion al general francés Kellermann, que mandaba diez mil hombres en la inmediata frontera del vecino reino de Portugal.

A la parte oriental de la península se representaban escenas de igual índole á las que vamos describiendo. La primera esplosion de la costa de Levante estalló en Cartagena. Puerto de mar, y el segundo departamento de la real armada, á las causas generales de disgusto se agregaba la de ser aquella ciudad una de las que más habian sentido los efectos de los desastres de la marina española, y la voz siniestra que se esparció del destino que se pensaba dar á la escuadra de las Baleares. Desde los primeros momentos de la insurreccion el cónsul de Francia se refugió á un buque dinamarqués: el capitan general del departamento don Francisco de Borja fué depuesto, reemplazándole don Baltasar Hidalgo de Cisneros, y en la junta que se formó entraron personas tan distinguidas como el sábio marino don Gabriel Ciscar. A ejemplo de Cartagena levantáronse inmediatamente poblaciones de la importancia de Murcia, donde se distinguieron por su entusiasmo los estudiantes del célebre colegio de San Fulgencio; como Villena, que

para dar lustre á su junta tuvo la fortuna de poderle asociar al respetable y anciano conde de Floridablanca, el ilustre ministro de Carlos III., allí retirado desde los primeros tiempos de Carlos IV. Dióse el mando de las tropas al antiguo coronel de milicias don Pedro Gonzalez de Llamas. Afeáronse por desgracia estos pronunciamientos con el asesinato del capitán general Borja en Cartagena, y con el tiel corredor en Villena.

Pero tales excesos cometidos por la plebe, casi siempre ciega en momentos de exaltacion, por noble que sea la causa que la mueva á desbordarse y á romper todos los frenos de la obediencia; tales excesos, lamentables siempre y siempre abominables aunque parciales y aislados, van á quedar oscurecidos al lado de los horribles crímenes, parecidos solo á los de las sangrientas jornadas de la revolucion francesa, que mancharon la insurreccion de la reina del Turia, de la alegre y bulliciosa Valencia.

Alli, como en otras partes, se anticipó la explosion sobrecogiendo á los mismos que la tenian proyectada. Hacía algun tiempo que estaban fomentando el ódio del pueblo valenciano á la dominacion y al aleve proceder de los franceses, dos hermanos, que aunque pertenecientes á una familia que se habia confundido con la clase popular, se habian elevado por su posicion industrial, por su inteligencia en los negocios, por servicios de importancia hechos á la poblacion, á

una altura que les daba un privilegio y una influencia legitima entre sus conciudadanos. Estos dos personajes, cuyo apellido ha sonado desde entonces en casi todos los acontecimientos políticos de España, eran los hermanos don Vicente y don Manuel Bertran de Lis. De acuerdo, y acaso excitados por un pariente que residía en la córte, habian meditado y preparado en Valencia un pronunciamiento contra los franceses y en favor del rey Fernando y de la independencia española. Pasos habian dado en este sentido de gran compromiso para ellos, ya con la corporacion municipal, ya en la misma córte, ya en reuniones clandestinas con sus amigos de la poblacion, y ya, lo que era mas grave, distribuyendo dinero, armas y municiones al pueblo, con cuya adhesion y propicia disposicion contaban. Pero el sacudimiento se precipitó, como hemos indicado.

Reunida, como de costumbre, la mañana del 23 de mayo multitud de gente en la plaza de las Pasas á esperar con la impaciencia y la agitacion de entonces el correo de Madrid, recibióse y se leyó la Gaceta que contenia las renunciaciones de Bayona y la trasmision de la corona de España á Napoleon. Apenas concluida la lectura, resonó el grito de: «*Viva Fernando VII. y mueran los franceses!*», que repitió desafortadamente la multitud: las masas acrecian por instantes, el tumulto arreciaba, y la muchedumbre se encaminó á la audiencia, cuya corporacion deliberaba ya sobre la im-

ponente actitud del pueblo. Un grupo de éste, á cuya cabeza iba el religioso franciscano Fray Juan Martí, penetró en aquel salon histórico, cuyos muros cubrian los venerables retratos de los mas ilustres personajes valencianos de otros siglos. El P. Martí expuso á la asamblea los deseos y la peticion del pueblo: la contestacion, si bien en ella se accedia á la forniscion de un alistamiento, no era bastante para calmar la exaltacion popular. Leyóla el P. Rico, otro religioso franciscano, que por su carácter enérgico, su elocuencia y su intrepidez, ejercia grande ascendiente en las masas. Disgustadas éstas con la tibia contestacion de la audiencia, volvió el P. Rico á hablar en su nombre, y á esplanar sus deseos, añadiendo: «Esta es la voz de un pueblo, que resuelto á preferir la muerte á la esclavitud, ocupó ya los atrios de este sagrado edificio, las avenidas de las calles contiguas, y por do quiera proclama á Fernando VII. por rey legítimo de España.» Respondió el presidente que la causa que proclamaba el pueblo valenciano no podia ser mas justa ni mas digna de todo buen español, pero que no se debia proceder con ligereza, porque era temeridad alzarse Valencia sola contra el poder colosal de Napoleon sin saberse lo que harian otros pueblos, y hallándose el reino sin tropas, sin armas y sin recursos. El pueblo no estaba para darse por satisfecho con tales miramientos y reflexiones.

Entretanto en la plaza de las Pasas, donde se ha-

bia agolpado inmenso gentío, representábase una escena, que acaso mas gráficamente que otra alguna, pinta el carácter de estos movimientos. Cansada allí la muchedumbre de esperar la resolucion de la audiencia, enfadóse uno conocido por el *Palleter*, porque vendia pajuelas (1), y descendiéndose su faja encarnada y haciéndola girones que repartió entre sus compañeros, ató la mas ancha de las tiras á la punta de una caña, juntamente con el retrato del rey y una estampa de la Virgen de los Desamparados, y enarbolando su improvisada bandera y acaudillando numerosos grupos que le seguian llenos de entusiasmo y alborozo, pasó á la plaza del Mercado, donde encaramándose en una silla declaró solemnemente la guerra al gigante de Europa, diciendo en el dialecto del país: «*Un pobre palleter li declara la guerra á Napoleon: Viva Fernando VII. y muiguen els traïdors* (un pobre vendedor de pajuelas le declara la guerra á Napoleon: viva Fernando VII. y mueran los traïdors).» Cuadro singular, ante el cual aparecia descolorido el de Massaniello en Nápoles. No nos detendremos á describir todos los pasos, incidentes y pormenores de la revolucion de Valencia que suministran las historias particulares de aquella ciudad, la exaltacion febril que con la escena del palleter se apoderó del pueblo, cómo fué nombrado capitán general el con-

(1) Vicente Domenech era su nombre.

de de Cervellon, cómo penetró la plebe y se enseñoreó de la ciudadela, cómo se constituyó una junta de personas notables, y el manejo y artificio con que fueron conduciendo el movimiento en su primer período el P. Rico, los dos hermanos Bertran de Lis, el capitán del regimiento de Saboya don Vicente Gonzalez Moreno <sup>(1)</sup>, Vidal, Ordoñez, y algunos otros que gozaban de popularidad, y á cuya influencia y dirección se debió que la insurrección en medio de tanta efervescencia ni hiciera víctimas ni se manchara con sangre.

Un rumor falso, unido á una voz alarmante que por desgracia no carecía de fundamento, dió ocasion á que se cometiera el primer crimen, abriendo el camino á los horrores en que después excedió á todas esta revolución. Habia sido nombrado individuo de la junta como representante de la nobleza el baron de Albalat don Miguel de Saavedra, el cual, huyendo de los disturbios que suelen acompañar á estos trastornos, se retiró en busca de quietud á la villa de Requena. Esparcieron sus enemigos la especie de que se habia marchado á Madrid á ofrecer su persona y sus servicios á Murat. El vulgo que en tales momentos da fácil acogida á toda clase de calumnias, y que recordó que en otro tiempo habia sido de los que promovieron

(1) Este Moreno se titulaba entonces «Comandante del pueblo soberano,» y años adelante fué uno de los agentes mas decididos y mas crueles del absolutismo al servicio del infante don Carlos, pretendiente á la corona de España.

el establecimiento de la milicia provincial en Valencia que produjo la conmoción de que hemos hablado en otra parte, tuvo bastante para calificarle de traidor. La imputación no podia ser mas injusta, pero sus amigos, y principalmente su compañero el conde de Castelar, le aconsejaron y rogaron que volviese á la ciudad para que se disipara con su presencia sospecha tan inmerecida. Condescendió á ello el de Albalat, saliendo con este objeto de Requena, pero en tan mala ocasion para desgracia suya como vamos á ver.

El Acuerdo, y con él el capitán general conde de la Conquista, habian comunicado subrepticamente á Madrid todo lo sucedido, disculpándose y pidiendo auxilios de tropas para sujetar la revolución. Algo de esto se habia traslucido en el pueblo, y Bertran de Lis habia destacado una partida de sesenta hombres á esperar el correo de Madrid y apoderarse de la correspondencia. Por una coincidencia fatal el de Albalat y el correo llegaron juntos á la venta del Poyó, con lo cual se aumentaron las sospechas de los que creian que habia ido á Madrid con el objeto indicado, y comenzaron luego los de los inmediatos caseríos á insultarle y amenazarle. Protegióle el que mandaba la escolta hasta la ciudad, y á ruegos suyos le condujo al palacio de Cervellon, donde le siguió la plebe enfurecida, que acudia en tropel con la noticia de su llegada. Sabedores el P. Rico y Moreno del peligro que corria, volaron á salvarle, rompiendo con trabajo por

entre las olas de la muchedumbre para penetrar en la casa. Encontraron al desventurado barón tan atribulado como quien oía la gritería del pueblo pidiendo desafiadamente su cabeza. En vano el P. Rico arengó á aquellas gentes esforzándose por convencerlas de la inocencia del de Albalat. Viendo que la tormenta popular en vez de calmarse arreciaba, creyeron salvar mejor al objeto de sus iras trasladándole á la ciudadela, escoltado por tropa mandada por Moreno, y escudado por éste y por el buen religioso. Error funesto, nacido de la mejor intencion. Tan pronto como se separaron de los umbrales del palacio de Cervellon, los puñales de los asesinos se levantaron sobre las cabezas de todos: al fin lograron los tumultuados romper las filas que custodiaban al infortunado Saavedra, y acabáronle con bárbaro furor á puñaladas, atravesando el hábito del mismo P. Rico que le protegía con su cuerpo: cortáronle la cabeza, y clavada en una pica la expusieron al público. Merced á la intervencion de los Bertran, se consiguió que la retiráran y permitieran depositarla con el cuerpo en la inmediata iglesia de Santo Domingo.

Hasta aqui, sin embargo, lamentable y doloroso como era el caso, no era nuevo, como hemos visto, en esta clase de revoluciones: lo nuevo y lo horroroso y lo que hace estremecer de espanto es lo que viene después. Y vino con la llegada de un eclesiástico de dignidad, canónigo de San Isidro de Madrid, llamado don

Baltasar Calvo, gefe del bando jesuita, y perseguidor del denominado jansenista, que eran los dos partidos en que se dividian los prebendados de aquella insigne iglesia; pero aparté de toda parcialidad de escuela, él era uno de esos genios del mal que parecen abortados por el averno. Este hombre de perversos antecedentes que así se apareció, intentó ingerirse en la junta haciéndose nombrar vocal, para desacreditar á sus individuos presentándolos como sospechosos al pueblo, suponiendo que muchos estaban en connivencia con Murat, á fin de preparar de este modo sus iníquos planes. Viendo la popularidad de que gozaban Moreno y el P. Rico, fingió hacerse de su partido, y con diabólica hipocresía trató de persuadirles que no se fiasen de la junta, porque habia en ella muchos traidores. Pero su mismo lenguaje y conducta tan impropios de un eclesiástico suscitaron recelos en vez de ganar la amistad que buscaba. Viéndose desairado de los hombres que más valian, arrojóse en los brazos del feroz populacho para realizar, siempre bajo la apariencia de una falsa piedad, sus infernales designios. Habíase propuesto hacerse señor de la ciudad, halagando á la plebe, siquiera fuese á costa de perfidia y de inundarla en torrentes de sangre.

La junta habia hecho recoger en la ciudadela todos los franceses residentes en la poblacion, que habia muchos dedicados á la industria y al comercio, para preservarlos de todo daño, respetando sus propieda-

des y haberes. El canónigo Calvo se propuso captar-se los ánimos del feroz populacho y apoderarse de la ciudadela, sacrificando aquellos infelices de la manera mas infcua, alevosa y horrible que pudo concebir el genio de la maldad. Al efecto hizo cundir entre la furiosa plebe la voz de que los franceses intentaban fugar-se para promover una reaccion; hecho esto, presentóse él en las estancias de los detenidos, y con voz lastimosa y compunjida les dijo: «que sus vidas estaban amenazadas por el furor del pueblo, y que él movido de piedad cristiana iba á indicarles el único medio de salvacion que tenian, que era evadirse por el postigo que daba al campo, y embarcarse en el Grao, donde lo hallarian todo dispuesto para trasportarlos á Francia.» Creyeron aquellos desgraciados las palabras del falaz sacerdote, y se prepararon á la evasion. A su tiempo acudió á la puerta de la ciudadela la plebe prevenida por Calvo. Habíanse traslucido en la ciudad sus sanguinarios intentos; con deseo de impedirlos fué allá el general conde de la Conquista; pero tuvo la flaqueza de retroceder espantado de la actitud aterradora de aquella gente: tampoco fueron escuchadas las exhortaciones del P. Rico; antes bien él se asustó de oír á las turbas repetir las espresiones del canónigo, que en la junta habia muchos traidores, y era menester acabar con todos. Las madres, esposas, hijos y parientes de los presos, que alli habian acudido tambien al rumor de la espantosa ejecucion que se

preparaba, en medio de las sombras de la noche hacian resonar los aires con ruegos, ayes y lamentos, que no hacian eco en los empedernidos corazones de aquellas hordas de sicarios.

Penetraron al fin los asesinos en la ciudadela, mal guardada por paisanos y algunos inválidos (5 de junio); pronto comprendieron los infelices prisioneros la suerte que los aguardaba. «Abrazados los padres con los hijos (dice un historiador de aquella ciudad), »los criados con los amos, los viejos con los jóvenes, »uno era el llanto, una la agonía, igual la desesperacion, terrible el momento que pesaba sobre ellos; todos debian morir. Agrupados, confusos, sollozando, »rezando..... fuéronles atando de dos en dos y espalda con espalda..... ¡tal vez un padre se veia atado á »la espalda de su mismo hijo, y no podia dirigirle la »última mirada.....!» El canónigo Calvo habia ido á casa del conde de Cervellon, á quien propuso que enviara al verdugo para que degollara á todos los franceses de la ciudadela: peticion horrible, que estremeció al conde, y le movió á ir al lugar de la catástrofe por si podia evitarla; en tanto que alarmada ya la ciudad y abiertos los templos, acudian tambien los religiosos de Santo Domingo, y con el Santísimo Sacramento en la mano y atravesando por entre bayonetas y puñales, llegaban á la ciudadela, y entraban en una sala donde gemian ciento cuarenta y tres franceses maniatados. En vano aquellos buenos religiosos se esfor-

zaban por hacer oír palabras de caridad y de mansedumbre pronunciadas con fuego y con valor; en vano invocaban misericordia con fervorosas oraciones. Llegó en esto el malvado Calvo, y acercándose á los suyos les dijo: «En tanto que los padres rezan, oid.» Hablóles al oído, y contestáronle con el grito unánime de: «Mueran todos, mueran todos!»

Arrojáronse entonces los sicarios con ciega furia sobre sus víctimas, atropellando á los sacerdotes, y á la luz de sus mismas antorchas comenzaron la horrible carnicería cebándose en la sangre de aquellos inocentes, empapando en ella sus brazos y salpicando sus rostros. Gritaban los religiosos pidiendo siquiera confesion para aquellos infelices; y el canónigo Calvo, desencajado y lívido, ¡estremece el pensarlo, y repugna y duele el escribirlo! contestaba: «No hay confesion, no hay confesion!!» Acelerémos lo posible la narracion de tan atroces escenas. De estancia en estancia fueron Calvo y sus bárbaros secuaces buscando y degollando los franceses que en ellas se encerraban. Hechas estas sangrientas ejecuciones, á las tres de la mañana subió el malvado canónigo al baluarte, cargó y colocó tres cañones, se consideró dueño de la fortaleza y aun de la ciudad, se tituló representante del pueblo, mandó retirar á las comunidades, arengó á los suyos sobre el tema de los traidores que habia en la junta, y comenzando á ejercer funciones de autoridad suprema, en la mañana del 6 pasó al capitan gene-

ral un escrito en que le decia: «A nombre de Fernando VII. nuestro augusto soberano y del pueblo de Valencia á quien represento, mando á V. E. que se presente en esta ciudadela, pues no haciéndolo de grado, tengo resuelto que venga por fuerza.—Baltasar Calvo.» Cuál sería el terror que infundia ya el nombre de Calvo pruébalo el haber tenido el capitan general conde de la Conquista la debilidad de acudir al llamamiento del canónigo, presentándose en la ciudadela acompañado del teniente general de marina don Domingo Nava. Recibiólos aquél en una habitacion sombría, y desde luego intimó al capitan general que era preciso dejase el mando, que el pueblo tenia elegidos otros gefes que le mandáran, y que era necesario tambien formar una nueva junta compuesta de los sugetos que él nombraria. Y en efecto dió principio á estender los nombramientos en la forma siguiente: «A nombre de Fernando VII. y mientras tanto que el cielo misericordioso se digna volver á este señor á ocupar el sόlio de sus mayores á que le destinó la Providencia, y de que le ha privado del modo mas vil el llamado emperador de los franceses; el pueblo de Valencia se ha servido nombrar á V. por uno de los vocales de la junta que debe gobernar interinamente este reino, esperando que V. ninguna excusa opondrá, pues está resuelto á no admitirla.»

Pero á esta inaudita audacia se añadieron nuevos horrores, que aun no han acabado los cometidos por